

EL ORIGEN DE LA PALABRA "CALIFORNIA"

Por Angel DOTOR



Llamado Americanismo, que, según puntualizó el insigne e inolvidable don Carlos Pereyra, debe ser sinónimo de amor, competencia y saber, ofrece una motivación permanente para toda suerte de trabajos intelectuales acerca del mismo en cuantos aspectos de la investigación conducen al hallazgo de verdades desconocidas o a la rectificación de criterios erróneos, conseguidos los cuales, impónese su divulgación pues, todo lo contrario que permanecer constreñidos al campo docto o de los especialistas, deben trascender a los grandes estratos populares, o sea las masas.

Esclarecer y difundir constituye pues, la finalidad esencial de todos cuantos aprecian debidamente la importancia que reviste la vida y el alma del mundo de la Raza, o sea esa potencial anfictionía de países basada en vínculos indestructibles y en intereses comunes constitutiva de providencial reserva moral para el futuro de la Humanidad.

Es atrayente y sugestivo el tema referente al origen de los nombres de cuantos países integran el Mundo Hispánico, incluido Filipinas. Además de los correspondientes a la veintena de nacionalidades ultramarinas unidas entre sí y todas ellas a España por vínculos fundamentales e indestructibles, figuran otros muchos de regiones importantes, geográfica e históricamente consideradas, algunos de ellos constitutivos de casos en extremo curiosos dada su información semántica y fonética, o bien producto de la inventiva. Tal el de California.

Ha sido un ilustre investigador e historiógrafo norteamericano contemporáneo, Edmundo O'Gorman, quien vino en cierto modo a resucitar una cuestión que si bien para eruditos e historiadores estaba ya suficientemente esclarecida, manteníase ignorada de la generalidad. En su

obra *Historia de las divisiones territoriales de México* se expresa así acerca de la palabra California: "Cuando se suponía que era una isla, recibió también el nombre de isla Carolina, en obsequio de Carlos I. Se cree que el nombre de California se debe a Hernando Cortés, quien latinizó "Fragua caliente", resultando *Callida fornax*."

Pero como hay quien bien lo sabe, y Antonio Zavala Abascal, excelente crítico mexicano, se ha complacido en poner de manifiesto no hace mucho, ninguna de esas dos cosas responde a la realidad, por lo que el mencionado escritor anglosajón incurre en craso error. "Ni California significa lo expresado —afirma Zavala Abascal— ni Cortés le dio tal nombre. Bien dicho aquello de que donde menos piensa uno salta la liebre y, qué caray, quien compra un libro adquiere ciertos derechos sobre él. Uno de ellos señalar sus errores o sus inexactitudes. En este caso particular es obligado hacerlo, no con afán crítico, sino de cordial colaboración, porque por venir tal afirmación de gente tan distinguida como lo es el señor O'Gorman, la gente tomaría a pie juntillas una afirmación equivocada."

Todo lo contrario que contar California ascendencia originaria de índole semántica o etimológica, su nacimiento, en cuanto palabra, débese a la fantasía, tal vez con cierto sentido premonitorio de que más adelante tendría realidad geográfica. La primera vez que aparece consignada es en la obra *El cantar de Roldán*, llamada también *La canción de Rolando*, cuya acción transcurre en el año 778 de nuestra era, cuando los sarracenos dominaban la mayor parte de España. Carlomagno, poderoso caudillo de la Cristiandad, decidió contribuir a la expulsión del pueblo semita, emprendiendo su campaña, tras atravesar los Pirineos, con el propósito de apoderarse de Zaragoza; pero el rey moro Marsil le derrotó con sus huestes, por lo que aquél tuvo que retirarse, sufriendo un nuevo revés al repasar el desfiladero de Roncesvalles el día 15 de Agosto de dicho año. Entre los adalides cristianos que allí perecieron contóse Roldán, hecho que inspiró a los trovadores y juglares de aquel tiempo para hilar un relato de la derrota, que ha venido siendo cada vez más deformado a medida que el tiempo transcurrió y que pasaba de una a otras bocas. El manuscrito más antiguo que recogió esta leyenda oral es el conocido con el nombre de *Digby*, existente en la Biblioteca Bodleiana, de Oxford. Uno de sus pasajes referentes a épocas más antiguas contiene la palabra California, que antes nadie había mencionado. He aquí el mismo: "Muerto está mi sobrino que tantas tierras conquistara. Y ahora se rebelarán en contra mía los Sajones. Y los Húngaros y los Búlgaros y tanta gente enemiga. Los Romanos, los de Puglia, los de Aix y todos los de Palermo. Y los de Africa y los de Califerne".

Siglos después, casi a finales del XV, o sea en la época gloriosa del descubrimiento del Nuevo Mundo y la terminación de la Reconquista, vivía en Medina del Campo un hidalgo ilustre llamado Garci Ordóñez de Montalvo, de quien se ignora dónde y cuándo nació, si bien se cree que esto último sucedería durante el reinado de don Juan II, pues entonces era ya casi sexagenario. Había ejercido la carrera de las armas y después figuró como regidor de la ciudad considerada como centro comercial y llave de Castilla, cuyo escudo negaba al Rey oficio y al Papa beneficio, (por entonces nacía en Medina el que sería otro de sus grandes hijos, el también millite y escritor Bernal Díaz del Castillo, conceptuado como príncipe de la crónica americana). "Embebecido por sus afanes idealistas y removido por una imaginación espléndida que le apartaba de la realidad, en medio de las llanuras castellanas, debió de abandonar bastante su cargo de regidor y de soldado para inventar en edad avanzada, en que escribía múltiples y fantásticos relatos". Así le enjuicia un crítico contemporáneo. Ya había hecho Garci Ordóñez de Montalvo la refundición de las tres primeras partes de *Amadís de Gaula*, libro de caballerías famosísimo en el mundo entero, y, enamorado de sus personajes, quiso ampliar la narración con un volumen más a su magín y a su péñola exclusivamente debidos, que tituló *Las sergas de Esplandián*, hijo de Amadís. En él figura el reino imaginario de la reina Calafia, enamorada de Esplandián, denominado California.

La obra de Garci Ordóñez de Montalvo alcanzó resonante éxito, y así se explica que anduviera en manos de navegantes y conquistadores españoles durante los primeros decenios del siglo XVI. Hernán Cortés, antiguo estudiante de la universidad salmantina, que poseía fundamentales conocimientos humanísticos y era gran aficionado a leer novelas y a escribir versos, conocía al dedillo el argumento de la novela del escritor medinense. Cuando regresaba de una de sus expediciones marítimas por él organizadas para la exploración del litoral del Pacífico correspondiente a la parte septentrional de México, entonces llamado la Nueva España, con miras a encontrar el estrecho que suponía debía de existir como comunicación de los dos grandes océanos, pudo advertir la magnificencia de aquella vasta zona tenida como isla y poco antes bautizada con el nombre de Santa Cruz, quedando deslumbrado por un mar abundante en yacimientos perlíferos, costas que eran pródigas en oro, según relaciones de los indígenas, y hasta por la presencia de mujeres indias de alta estatura, armadas de arcos y lanzas, lo mismo que las amazonas (los aborígenes prehispánicos de esta región eran los indios llamados *pericués*, *guaycurúes* y *cochimíes*). "No necesitó más para acordarse de la reina Calafia —dice el insigne Blasco Ibá-

ñez—, dando el nombre del rico país gobernado por la enamorada de Esplandián a la "isla" de Santa Cruz, que había dejado de ser isla. De este modo se llamó California la península mexicana que es ahora la Baja California, pasando su nombre, por extensión, a la tierra inmediata, o Alta California, que pertenece a los Estados Unidos. Así fue cómo algún tiempo antes de ser descubierta América inventó el nombre de California un novelista de la meseta central de España, que fue soldado en muchas guerras, pero tal vez murió sin haber visto nunca el mar".

He aquí, pues, cuál es el origen del nombre de California, la vasta y rica tierra norteamericana durante mucho tiempo considerada como verdadero emporio, tierra en la que perdura la huella indeleble del genio creador de nuestra raza, maestra en vigor espiritual y en el ejercicio de la acción generosa y fecunda. Considerando cuanto antecede no cabe sino sentir profunda extrañeza por el hecho de que haya quien, aún con categoría de historiador famoso, como O'Gorman, demuestre tan paladinamente ignorarlo.

W

